

cuánta parte de Europa, de Africa y de Asia, que estaba llena de iglesias de pueblos cristianos, está agora poseída de bárbaros y paganos; y verá cuántas destrucciones ha padecido la Iglesia por los godos, por los hunnos, y por los wandalos, que en tiempo de Sant Augustin destruyeron toda la provincia de Africa, sin perdonar á hombre, ni mujer, ni viejo, ni niño, ni doncella. Y en este mesmo tiempo de tal manera fué asolado por los mesmos bárbaros el reino de Dalmacia con las provincias comarcanas, que (como dice Sant Hierónimo, natural desta provincia) quien por ella pasaba, no veía mas que cielo y tierra: tan asolada había quedado. Lo cual todo nos declara cómo la virtud y verdadera religion no solo ayuda para alcanzar los bienes eternos, sino tambien para no perder los temporales; porque la consideracion desto con todas las demas sirva para aficionar nuestros corazones á esa mesma virtud, que de tantos males nos libra, y de tantos bienes está acompañada.

## CAPITULO XXIV.

Duodécimo privilegio de la virtud, que es: cuán alegre y quieta sea la muerte de los buenos, y por el contrario, cuán miserable y congojosa la de los malos.

A todos estos privilegios se añade el postrero, que es el fin y muerte gloriosa de los buenos, al cual todos los otros se ordenan. Porque si (como dicen) al fin se canta la gloria, dime: ¿qué cosa mas gloriosa que el fin de los buenos, ni mas miserable que el de los malos? Preciosa es, como dice el Salmo (a), la muerte de los santos en el acatamiento del Señor; mas la muerte de los pecadores dice que es pésima (b): que quiere decir muy mala en superlativo grado, porque así para el cuerpo, como para el ánima, es el último de todos los males. Y así dice Sant Bernardo sobre estas palabras (c): La muerte de los pecadores es pésima. Porque ella es primeramente mala por razon del apartamiento del mundo, y peor por el apartamiento del cuerpo, y pésima por los dos eternos tormentos del fuego y del gusano inmortal, que se siguen despues della (d). Porque mucho duele dejar el mundo, y mucho mas salir de la carne; pero mucho mas el tormento del infierno. Pues todas estas cosas juntas, con otras anejas á ellas atormentan al malo en aquel tiempo. Porque allí primeramente le fatigan los accidentes de la enfermedad, los dolores del cuerpo, los temores del ánima, las congojas de lo que queda, los cuidados de lo que será, la memoria de los pecados pasados, el recelo de la cuenta venidera, el temor de la sentencia, el horror de la sepultura, el apartamiento de todo lo que desordenadamente ama; esto es, de la hacienda, de los amigos, de la mujer, de los hijos, y desta luz y aire comun, y de la mesma vida. Cada cosa destas por su parte tanto mas le lastima, quanto era mas amada. Porque, como dice muy bien Sant Augustin, no se pierden sin dolor las cosas que se poseen con amor. Por donde dijo un filósofo que aquel temía ménos la muerte, que ménos deleites tenia en la vida.

Pero sobre todo esto fatiga en aquella hora el tormento de la mala consciencia, y la consideracion y temor de lo que le está guardado. Porque entónces despertando el hombre con la presencia de la muerte, abre los ojos, y mira lo que nunca había mirado en la vida. La razon de lo cual señala muy bien Eusebio Emiseno en una homelia, diciendo: Que porque en aquel tiempo ce-

(a) Psal. 113. (b) Psal. 53. (c) In parvís Ser. Ser. 41. (d) Marc. 9.

san todos los cuidados de allegar, y de buscar lo necesario para la vida, y cesa tambien la ambicion de la honra, y de la hacienda, y ninguna ocupacion hay entónces, ni de trabajar, ni de militar, ni de hacer otra cosa alguna; de aquí es que sola la consideracion de la cuenta ocupa el ánima vacía de todos los otros cuidados; y solo el peso del divino juicio toma todos los sentidos. Estando pues así el hombre miserable con la vida puesta á las espaldas, y la muerte ante los ojos, olvidase de todo lo presente que deja, y comienza á pensar en lo venidero que le aguarda. Allí ve cómo ya se acabaron los deleites, y solos los pecados que se hicieron cometiéndolos, quedan para el divino juicio. Y prosiguiendo el mesmo doctor esta materia en otra homelia, dice así: Pensemos ¡qué llanto será aquel del ánima negligente cuando salga desta vida! ¡Qué angustias, qué escuridad, qué tinieblas cuando vea que entre los adversarios que la han de cercar, le salga primero al encuentro su mesma consciencia acompañada de diversos pecados! Porque ella sola sin mas probanza se ha de ofrecer á nuestros ojos, para que nos convenza su testimonio, y nos confunda su conocimiento. No será posible encubrirse aquí nada, ni negarse; pues no de léjos, ni de otra parte, sino de dentro de nos mesmos ha de salir el acusador y el testigo. Hasta aquí son palabras de Eusebio.

Pero mas á la larga y mas divinamente prosigue Pedro Damiano Cardenal esta materia, diciendo así (e): Pensemos con mucha atencion cuando el ánima de un pecador comienza á salir de la prision desta carne, ¡con cuán recios temores combatida, y con cuántos estímulos de la consciencia acusadora pungida! Acuérdate de las culpas que cometió; ve los mandamientos divinos que menospreció; duelese por haber vanamente gastado el tiempo de la penitencia; y afligese viendo que está presente al artículo inevitable de la cuenta, y de la divina venganza. Querria quedarse, y es compelida á partirse; querria recobrar lo perdido, y no se le da espacio para ello. Volviendo los ojos atras, mira todo el curso de la vida pasada, y parecele un brevísimo punto. Échalos adelante, y ve un espacio de infinita perpetuidad que la está esperando. Llorando viendo que perdió el alegría de todos los siglos (la cual en este brevísimo espacio pudiera ganar), y afligese porque perdió aquella inefable dulzura de perpetua suavidad, por un breve deleite de la carne sensual; y avergüenzase considerando que por aquella substancia que había de ser comida de gusanos, despreció aquella que había de ser colocada entre los coros de los ángeles. Y contemplando la gloria de aquellas riquezas inmortales, confúndese de ver cómo las perdió por la pobreza destes bienes temporales. Mas cuando abaja los ojos de lo alto á mirar el valle tenebroso deste mundo, y ve sobre sí la claridad de aquella luz eterna, conoce claramente que era noche y tinieblas todo lo que en este mundo amaba. ¡Oh si pudiese entónces merecer espacio de penitencia, cuán áspera vida abrazaría, cuán grandes cosas prometeria, y á cuántos votos y oraciones se obligaria!

Mas entretanto que estas cosas revuelve en su corazon, comienzan á venir los mensajeros y precursores de la muerte, que son escurecerse y hundirse los ojos, levantarse el pecho, enronquecerse la voz, helarse los miembros, pararse los dientes negros, hinchirse la boca de sarro, y mudarse la color del rostro. Pues mientras es-

(e) Está este tratado entre las meditaciones de S. Aug. al fin del lib.

tas cosas pasar, como oficios que sirven á la muerte vecina, representáanse á la miserable ánima todas las obras, y palabras, y pensamientos de la mala vida pasada, dando triste testimonio contra su autor; y aunque él las quiera dejar de mirar, es forzado que las vea.

Con esto se junta por una parte la horrible compañía de los demonios, y por otra la virtud y compañía de los ángeles. Y luego se comienza á barruntar á cuál de las dos partes ha de pertenecer aquella presa. Porque si en él hay obras de piedad y virtud, luego es consolado con el regalo y convite de los ángeles. Mas si la fealdad de sus deméritos y mala vida piden otra cosa, luego se estremece con intolerable temor y desconfianza; y así es despeñado, y acometido, y arrancado de su miserable carne, y llevado á los tormentos eternos. Todo lo susodicho es de Pedro Damiano. Dime pues agora: si esto es verdad, y si esto así ha de pasar, ¿qué mas era menester, si los hombres tuviesen seso, para ver cuán miserable sea, y cuánto para huir, la suerte de los malos, pues les está guardado un tan triste y tan desastrado fin?

Y si para aquel tiempo pudiesen ayudar en algo las cosas desta vida como ayudan para todo lo al, ménos mal sería. Pero ¿qué dirémos? Que allí ninguna destas ayuda, pues es cierto que allí ni aprovechan las honras, ni defienden las riquezas, ni valen los amigos, ni acompañan los criados, ni ayuda el linaje, ni socorre la hacienda, ni sirve otra cosa sino sola la virtud é inocencia de la vida. Porque, como dice el Sabio (a), no aprovecharán las riquezas en el día de la venganza; mas la justicia sola (que es la virtud) librará de la muerte. Pues como el malo se halle tan pobre y tan desnudo deste socorro, ¿cómo podrá dejar de temblar y congojarse viéndose tan solo y desfavorecido en el juicio divino?

## S. I.

De la muerte de los justos.

Mas por el contrario la muerte de los justos ¿cuán ajena está de todos estos males? Porque así como el malo recibe aquí el castigo de sus maldades, así el bueno el galardón de sus merecimientos, segun aquello del Eclesiástico que dice (b): Al que teme á Dios irá bien en sus postrimerías, y en la hora de la muerte será bendito: esto es, será enriquecido y galardonado por sus trabajos. Y esto es lo que mas claramente significó el evangelista Sant Juan en el Apocalipsi (c). El cual dice que oyó una voz del cielo que le dijo que escribiese, y las palabras que le mandó escribir eran estas: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Porque luego les dice el Espíritu Sancto que descansen ya de sus trabajos; porque sus buenas obras van en seguimiento dellos. Pues el justo que esta palabra tiene de Dios, ¿cómo desmayará en esta hora viendo que va á recibir lo que procuró toda la vida? Pues por esto se escribe en el libro de Job (d), hablando del justo, que á la hora de la tarde le saldrá el resplandor del mediodía, y cuando le pareciere que estaba consumido, resplandecerá como lucero. Sobre las cuales palabras dice Sant Gregorio: Que por esto amanece este resplandor al justo en la hora de la tarde, porque á la hora de su muerte reconoce la claridad y gloria que le está aparejada; y así en el tiempo que los otros se entristecen y desmayan, está él en Dios consolado y confiado. Así lo testifica Salomon en sus Proverbios, diciendo (e): Por su malicia será desecha-

(a) Prov. 11. (b) Ecl. 1. (c) Apoc. 14. (d) Job. 11. (e) Prov. 14.

do el malo: mas el justo á la hora de su muerte estará confiado.

Si no, dime: ¿qué mayor confianza que la que el bienaventurado Sant Martín tenía á la hora de su muerte, el cual viendo ante sí al demonio dijo estas palabras: ¿Qué haces aquí, bestia sangrienta? No hallarás en mí cosa muerta en que te puedas cebar; y por esto el seno de Abraham me recibirá en paz. ¿Qué mayor confianza otrosí que la que en este mesmo paso tenia nuestro padre Sancto Domingo, el cual viendo á sus frailes llorar por su partida, y por la falta que les hacia, los consoló y esforzó diciendo: No os desconsoléis, hijos míos, porque en el lugar donde voy os seré mas provechoso. Pues ¿cómo podia en aquel trance desconsolarse ni temer la muerte, quien tenia la gloria por tan suya, que no solo esperaba alcanzarla para sí, sino tambien para sus hijos?

Pues por esta causa los justos no tienen por qué temer la muerte; ántes mueren alabando y dando gracias á Dios por su acabamiento; pues en él acaban sus trabajos y comienza su felicidad. Y así dice Sant Augustin sobre la Epístola de Sant Joan: El que desea ser desatado y verse con Cristo, no se ha de decir dél que muere con paciencia; sino que vive con paciencia y muere con alegría. Así que el justo no tiene por qué entristecerse ni temer la muerte; ántes con mucha razon se dice dél que muere cantando como cisne, dando gloria á Dios por su llamamiento. No teme la muerte, porque temió á Dios, y quien á este Señor teme no tiene mas que temer. No teme la muerte, porque temió la vida; porque los temores de la muerte, efectos son de mala vida. No teme la muerte, porque toda la vida gastó en aprender á morir y en aparejarse para morir; y el hombre bien apercebido no tiene por qué temer á su enemigo. No teme la muerte, porque ninguna otra cosa hizo en la vida, sino buscar ayudadores y valedores para esta hora, que son las virtudes y buenas obras. No teme la muerte, porque tiene al juez granjeado y propicio para este tiempo, con muchos servicios que le ha hecho. Finalmente, no teme la muerte, porque al justo la muerte no es muerte, sino sueño; no muerte, sino mudanza; no muerte, sino último día de trabajos; no muerte, sino camino para la vida, y escalon para la inmortalidad; porque entiende que despues que la muerte pasó por el venero de la vida, perdió los resabios que tenia de muerte, y cobró dulzura de vida.

Ni tampoco desmaya por todos los otros accidentes y compañeros deste paso, porque sabe que estos son dolores de parto con que nasce para la eternidad, por cuyo amor tuvo siempre la muerte en deseo, y la vida en paciencia. No desmaya con la memoria de los pecados, porque tiene á Cristo por Redemptor, á quien siempre agradó; no por rigor del juicio divino, porque le tiene por abogado; no por la presencia de los demonios, porque le tiene por capitán; no por el horror de la sepultura, porque sabe que allí siembra el cuerpo animal para que despues nazca espiritual (f). Pues si al fin se canta la gloria, y el postrer día (como dice muy bien Séneca) juzga de todos los otros días y da sentencia sobre toda la vida pasada (porque él es el que justifica ó condena todos los pasos della), y tan pacífico y quieto es el fin de los buenos, y tan congojoso y peligroso el de los malos, ¿que mas era menester que esta sola diferencia para escupir la mala vida y abrazar la buena (g)? ¿Qué montan todos

(f) 1. Cor. 15. (g) Sap. 5.



los placeres, toda prosperidad, todas las riquezas y todos los regalos y señorios del mundo, si en el fin ven-go á ser despenado en el infierno? Y ¿qué me pueden dañar todas las miserias desta vida, acabando en paz y tranquilidad, y llevando prendas de la gloria advenidera? Sea el malo cuan sabio quisiere en saber vivir; ¿para qué presta este saber, sino para saber adquirir cosas con que te hagas mas soberbio, mas vano, mas regalado, mas poderoso para el mal, mas inhábil para el bien; y para que te sea tanto mas amarga la muerte, cuanto era mas dulce la vida? Si seso hay en la tierra, no hay otro mayor que saber bien ordenar la vida para este fin: pues el principal oficio del sabio es saber ordenar convenientemente los medios para su fin. Por donde si es sabio médico el que sabe ordenar la medicina para la salud, que es el fin de esta medicina; aquel será perfecta y absolutamente sabio, que supiere ordenar su vida para la muerte: esto es, para la cuenta que se ha de dar en ella, á la cual se debe ordenar toda la vida.

## S. II.

Prueba lo dicho por ejemplos.

Mas para mayor declaracion y confirmacion de lo dicho, y para espiritual recreacion del lector, me pareció añadir aquí algunos ejemplos dignos de memoria, de las muertes gloriosas de algunos santos, tomadas del cuarto libro de los diálogos de Sant Gregorio papa (a), en los cuales claramente se verá cuán alegre y dichosa sea la muerte de los justos. Y si en esto me extendiere algo, no se perderá en ello tiempo; porque este sancto doctor de tal manera cuenta estas historias, que de camino va dando mucha doctrina y avisos saludables en ellas.

Escribe él pues, que en tiempo de los godos habia en la ciudad de Roma una nobilísima doncella, por nombre Gala, hija de un cónsul llamado Simaco. La cual siendo de poca edad, dentro de un año fué juntamente casada y viuda. Y como el mundo, y la edad, y las riquezas la convidasen otra vez al mismo estado, quiso ella ántes desposarse con Cristo en aquellos desposorios que comienzan con llanto y acaban con alegría, que en estos del mundo, que comenzando con alegría acaban con tristeza, por la muerte necesaria que ha de ver el uno del otro. Mas como ella fuese de complexion muy caliente, certificáronle los médicos que si no casaba la habian de nacer barbas como á hombre; y así le acaesió. Pero la sancta mujer, que habia amado la hermosura interior de su esposo, no temió la fealdad exterior de su cuerpo, ni hizo caso de aquella fealdad que no desagradaba al esposo celestial. Dejado pues el hábito secular, entregóse toda al servicio de Dios, entrando en un monasterio que estaba junto á la iglesia del apóstol Sant Pedro, donde perseveró muchos años con gran simplicidad de corazon, y grande ejercicio de oracion, haciendo muy largas limosnas á pobres. Y determinando el Señor Todopoderoso de dar perpetuo galardón á los trabajos de su sierva, vino á adolescer de un cancro que le nació en el pecho. Y estando ella acostada en su cama, tenia siempre dos lámparas encendidas, porque como amiga de luz, no solo aborrecia las tinieblas espirituales, mas tambien las corporales. Estando pues una noche fatigada con su enfermedad, vió entre las dos lámparas al bienaventurado apóstol Sant Pedro, y no te-

(a) Greg. 4. lib. Dialog. c. 15.

mió nada de verle; ántes tomando con él amor y osadía, se alegró y le preguntó diciendo: ¿Qué es esto, Señor mio? ¿Por ventura son ya perdonados mis pecados? Respondió el apóstol glorioso con un rostro benignísimo, y abajando la cabeza le dijo: Ya son perdonados; vén. Mas porque esta sierva de Dios tenia muy especial amistad con otra religiosa de aquel monasterio, que se llamaba Benedicta, replicó luego diciendo: Ruégote que venga conmigo la hermana Benedicta. Respondió él: No ha de venir esa, sino fulana (nombrando otra religiosa por su nombre), y esa que pides, de aquí á treinta dias te seguirá. Pasado esto, cesó la vision; y la doliente llamando á la madre del monasterio, dióle cuenta de todo lo que habia pasado; y de ahí á tres dias falleció ella, y juntamente la otra que le era señalada; y cumplidos los treinta, pasó desta vida á la otra la que ella habia pedido. La memoria deste hecho permanece hasta agora en aquel monasterio, y las religiosas mas nuevas que supieron esto de sus madres, lo cuentan agora con tanto fervor y devocion como si estas mismas se hallaran presentes á esta maravilla. Hasta aquí son palabras de Sant Gregorio. Considere pues aquí el cristiano lector cuán glorioso fin haya sido este.

Tras deste ejemplo escribe el mismo sancto otro no ménos memorable. Habia, dice él, en Roma un hombre llamado Servulo, muy pobre de hacienda, y muy rico de merecimientos, el cual estaba en un portal, que era paso para la iglesia de Sant Clemente, pidiendo limosna á los que por allí pasaban; y estaba tan tullido de perlesía en un lecho, que ni se podia levantar, ni asentar en la cama, ni llegar la mano á la boca, ni mudarse de un lado á otro. Tenia él una madre, y un hermano que le acompañaban y servian, y todo lo que él podia haber de sus limosnas, mandábalo dar á otros pobres por mano de la madre y del hermano. No sabia leer; mas habia comprado algunos libros sagrados, y cuando recibia en casa algunos religiosos, hacia que le leyesen en ellos: de donde vino á ser que en su manera supiese mucho de las Escrituras sagradas, aunque del todo no sabia leer. Y juntamente con esto procuraba dar siempre gracias á nuestro Señor en medio de sus dolores, y ocuparse dia y noche en himnos y alabanzas divinas. Mas llegándose ya el tiempo en que el Señor queria remunerar esta tan gran paciencia, llegó á lo postrero. Y como él se viese vecino á la muerte, llamó á los peregrinos huéspedes que en su casa habia, y amonéstóles que se levantasen, y cantasen juntamente con él salmos por la esperanza de su acabamiento.

Y estando él con ellos muriendo y cantando, súbitamente los atajó, y puso silencio con un grande clamor y terror, diciendo: Callá. ¿Por ventura no ois las voces de alabanza que suenan en el cielo? Y estando él atento con el oído de su corazon á las voces que dentro de sí oia, luego aquella sancta ánima fué desatada de la carne; y así como acabó de espirar, sintióse allí un tan maravilloso olor, que todos cuantos presentes estaban fuéron llenos de inestimable suavidad: por las cuales cosas evidentemente conocieron que eran verdaderas las voces de alabanza con que aquella ánima habia sido recibida en el cielo. A la cual maravilla se halló presente un monje nuestro, que hasta hoy es vivo, el cual con grandes lágrimas suele testificar que aquel olor maravilloso no se quitó de las narices de los que allí asistian, hasta que el cuerpo fué entregado á la sepultura.

Tras deste añadiré aquí otro ejemplo memorable del mismo Sant Gregorio, del cual da él fiel testimonio, como de cosa que mucho le tocaba (a): Tres hermanas, dice él, tuvo mi padre, las cuales todas fuéron vírgenes dedicadas á Dios. La una se llamaba Tarsilla, y la otra Gordiana, y la otra Emiliana. Y todas tres con un mismo fervor y devocion se ofrescieron á Dios, y en un mismo tiempo se consagraron á él; y así vivian en su propia casa debajo de una estrecha regla y observancia. Y perseverando mucho tiempo en esta vida, comenzaron Tarsilla y Emiliana á crecer cada dia mas en el amor de su Criador; de tal manera que estando en la tierra con solo el cuerpo, cada dia con el ánimo subian á la eternidad. Mas por el contrario el ánimo de Gordiana comenzó á entibiarse cada dia mas en el amor íntimo de Dios, y encenderse poco á poco mas en el amor deste siglo. En el cual tiempo decia muchas veces Tarsilla con un gran gemido á su hermana Emiliana: Veo que mi hermana Gordiana no pertenesce á nuestro estado. Veo que se derrama de fuera, y que no guarda su corazon conforme al propósito de su religion. Y procuraban cada dia las hermanas con blandas palabras amonestarla, para que dejada la liviandad de sus costumbres tuviese la gravedad que le pedia su hábito. Y ella mostrando un rostro grave cuando oía estas palabras, pasada la hora del castigo, perdía luego aquella fingida gravedad; y así gastaba el tiempo en hablar palabras livianas, y holgábase con la compañía de las doncellas legas, y érale muy pesada la conversacion de cualquier persona que no era dada á este mundo. Pues una noche mi bisabuelo Félix (pontífice que fué desta iglesia de Roma) apareció á Tarsilla (la cual se habia aventajado sobre sus hermanas en la virtud de la continua oracion, y de la afliccion corporal, y de singular abstinencia, y gravedad de vida, y en toda sanctidad), y mostrándole una morada de perpetua claridad, le dijo: Vén, porque en esta morada de luz te tengo de recibir. Y ella cayendo otro dia enferma de una calentura, llegó á lo postrero. Y como es costumbre juntarse mucha gente cuando las personas nobles están en paso de muerte, para consolar los deudos del que muere; así en aquella hora se hallaron allí muchas personas señaladas. Entre las cuales estaba tambien allí mi madre.

Entónces la doliente levantando los ojos á lo alto, vió venir á Jesus, y con grande admiracion comenzó á dar voces y decir: Apartaos, que viene Jesus. Y puestos los ojos en aquel Señor que veia, luego aquella sancta ánima se despidió de la carne. Y súbitamente fué sentido allí por todos un olor de tan grande suavidad, que daba bien á entender que el autor de toda la suavidad habia allí venido. Y como despues la desnudasen para lavar su cuerpo, como se suele hacer á los muertos, hallaron que en las rodillas y en los cobdos tenia hechos callos como de camello, del continuo uso de estar prostrada en oracion: de manera que la carne muerta daba testimonio de lo que el espíritu hacia siempre en la vida. Todo esto pasó ántes de la fiesta del nacimiento de nuestro Salvador. Despues de la cual apareció luego Tarsilla á su hermana Emiliana de noche en una vision diciéndole: Vén, hermana, para que celebre contigo la fiesta de la Epifanía; pues sin ti celebré la del Sancto Nacimiento. Mas Emiliana, congojada por el peligro y desamparo de su hermana Gordiana, respondió: Si yo voy contigo, ¿á quién dejaré encomendada nuestra hermana Gordiana? A lo cual ella con un

(a) Rom. 58. in Evang. circa finem.

triste semblante respondió: Vén tú; porque Gordiana nuestra hermana está en la cuenta de las legas. Despues de la cual vision luego cayó Emiliana enferma, y creciendo la enfermedad, vino á morir ántes del dia de la fiesta que le era señalada. Mas Gordiana, como se vió sola, luego creció mas en su maldad; porque olvidada del temor de Dios, y olvidada de la vergüenza, y de la reverencia, y olvidada de su voto y consagracion, vino á casar con un hombre á quien tenia arrendada su hacienda. Hasta aquí son palabras de Sant Gregorio, que con historias de su misma casa y familia nos da bien á entender el dichoso y próspero fin de la virtud, y el triste y feo paradero de la liviandad. Mas á esta materia daré cabo con otra maravillosa historia que el mismo sancto refiere de su proprio tiempo, por estas palabras (b).

En el tiempo que yo fuí á entrar en el monasterio, habia en Roma una mujer anciana que se llamaba Redempta, la cual en hábito de religiosa moraba junto á la iglesia de la bienaventurada siempre Virgen María. Esta habia sido discípula de una vírgen llamada Hirundina, de quien se decia que resplandeciendo con grandes virtudes, habia hecho vida heremítica sobre los montes Prenestinos. Habianse juntado con esta Redempta dos discípulas: una que se llamaba Romula, y la otra, que es agora viva, conózcola de rostro, mas no le sé el nombre. Morando pues estas tres en una misma casa, vivian una vida muy pobre de riquezas, mas muy rica de virtudes. Pero esta Romula sobrepujaba á la otra su condícipula con grandes méritos de vida, porque era mujer de maravillosa paciencia, y de suma obediencia, y grande guardadora de silencio, y muy ejercitada en el uso de la continua oracion. Mas porque muchas veces los que parecen perfectos en los ojos de los hombres, no carecen de alguna imperfeccion en los de Dios (como vemos que muchas veces los hombres ignorantes alaban una imágen esculpida, que no está del todo acabada, como si ya lo estuviese; mas el artífice entiendo que hay mas que hacer en ella, y aunque la oya alabar, todavía procura de la limar mas y perfeccionar), así se hubo el Señor con esta Romula, la cual quiso afinar y purificar mas con una recia enfermedad de perlesía, de la cual estuvo muchos años en cama, cuasi sin poder servirse de sus miembros. Mas estos azotes nunca movieron su ánima á impaciencia; ántes la falta de los miembros se le hizo acrescentamiento de virtudes, y tanto mas se ejercitaba en el ejercicio de la oracion, cuanto ménos tenia otra cosa que poder hacer. Pues una noche llamó á la madre Redempta, la cual criaba estas dos discípulas como hijas, diciéndole: Madre, vén; madre, vén. La cual se levantó luego con la otra condícipula, como despues ambas lo contaron á muchos, y la cosa fué muy notoria á todos, y yo tambien en aquel mismo tiempo lo supe. Pues estando ellas á la media noche junto á la cama de la enferma, súbitamente resplandeció allí una luz del cielo, que hinchó todo el espacio de aquella celdilla. Y el resplandor desta claridad era tan grande, que hacia estremecer á los que presentes estaban, de tal manera, que (como despues ellas contaban), todo el cuerpo tenian como helado y yerto por la grandeza del pavor. Porque comenzaron á oír un sonido como de mucha gente, que por la puerta de la celda entraba, y la mesma puerta crujía, como apretada de los que por ella entraban. Y así sentian entrar muchedumbre de gente; mas la grandeza del temor y de la claridad hacia que no pudiesen ver nada. Por-

(b) Homilia última in Evangelia.



que el temor derribaba su corazón, y la grandeza de la claridad le oscurecía y reverberaba la vista. Después de la cual luz sintieron un olor de tan maravillosa suavidad, que el temor que había causado la luz, templaba la suavidad deste olor. Mas como no pudiesen sufrir la fuerza de tan grande luz, la enferma comenzó con una voz blanda á consolar á la maestra que allí estaba tremiendo, con estas palabras: No temas, madre mía, que no muero agora. Y diciendo esto muchas veces, fué poco á poco remitiéndose la luz hasta que del todo cesó; mas no cesó la suavidad del olor; antes perseveró de la misma manera hasta el segundo y el tercero día. Y pasado el tercero día, en la noche que después se siguió, llamó á su maestra, y pidió el Viático, que es el Santísimo Sacramento, y recibiólo; y apenas se había apartado la madre y la otra condípula de su cama, cuando súbitamente se comenzaron á oír en la plaza ántes de la puerta de aquella celda dos coros de cantores, los cuales, según que por las voces se podía juzgar, parecían de hombres y mujeres, cantando los hombres los salmos, y respondiendo las mujeres. Y estándose desta manera celebrando aquellos oficios y exequias celestiales, aquella sancta ánima salida de las carnes, comenzó á subir al cielo, y juntamente con ella iba aquel canto y olor celestial; y cuanto mas subía á lo alto, ménos se sentía acá bajo, hasta que del todo lo uno y lo otro cesó. Hasta aquí son palabras de Sant Gregorio.

Muchos otros ejemplos se pudieran traer á este propósito; pero estos bastarán para que se vea cuán quieta, cuán pacífica y alegre comunmente sea la muerte de los buenos. Porque aunque no á todos se concedan estas señales tan sensibles, pero como todos sean hijos de Dios, y á la hora de la muerte se acabe el plazo de los trabajos, y comience el de la remuneración, siempre son allí esforzados y consolados con el socorro de la divina gracia, y con el testimonio de su buena conciencia. Y así se consolaba el bienaventurado Sant Ambrosio en este paso, diciendo: No he vivido de tal manera, que me pese por haber vivido; ni temo la muerte, porque tenemos buen Señor. Y á quien estos tan grandes favores parecieren increíbles, ponga los ojos en la inmensidad incomprehensible de la bondad de Dios (á la cual pertenece amar, honrar y favorecer los buenos), y parecerle ha poco todo lo que aquí se ha contado. Porque si esta bondad llegó á tomar carne humana y morir en una cruz por los hombres, ¿qué mucho es consolar y honrar á la hora de la muerte á los buenos que por tan caro precio redimió? Y si acabando de espirar los ha de llevar á su casa, y hacerlos participantes de su gloria, y mostrarles la esencia divina, ¿qué mucho es hacerles estos favores al tiempo de la partida?

## §. III.

Conclusion de la segunda parte.

Estos son pues, hermano mio, los doce privilegios que se conceden á la virtud en esta vida; que son como los doce frutos de aquel hermosísimo árbol que vió Sant Juan en el Apocalipsis (a), plantado á la ribera de un río, que daba doce frutos en el año, según el número de los meses dél. Porque ¿qué otro árbol puede ser este, después del Hijo de Dios, sino la misma virtud, que es el árbol que da frutos de sanctidad y de vida? ¿y qué otros frutos mas preciosos que estos que aquí se han

(a) Apoc. 22.

declarado? Porque ¿qué mas hermoso fruto que la providencia paternal que Dios tiene de los suyos, y la gracia divina, y la lumbré de la sabiduría, y las consolaciones del Espíritu Sancto, y el alegría de la buena consciencia, y el socorro de la esperanza, y la verdadera libertad del ánima, y la paz interior del corazón, y el ser oído en las oraciones, y socorrido en las tribulaciones, y proveído en las necesidades temporales, y finalmente ayudado y consolado con alegre muerte al fin de la vida? Verdaderamente cada uno destes privilegios es en sí tan grande, que si bien se conociese, solo él bastaría para hacer á un hombre abrazar la virtud, y mudar la vida, y para que entendiese con cuánta verdad dijo el Salvador (b) que el que por él dejase el mundo, recibiría aquí ciento tanto mas de lo que dejó, y después la vida eterna, como arriba se declaro.

Cata aquí pues, hermano, cuál sea este bien á que te convidamos: mira si te puedes llamar á engaño, aunque dejases por él todas las cosas del mundo. Un solo inconveniente tiene (si así se puede llamar) por donde no es de los malos tan preciado, que es, no ser dellos conocido. Por lo cual dijo el Salvador (c) que el reino de los cielos era semejante al tesoro escondido. Porque verdaderamente él es tesoro; mas es tesoro escondido á los otros, no á su poseedor. Porque muy bien conocía el valor deste tesoro el Profeta, cuando decia (d): Mi secreto para mí, mi secreto para mí. Poco se le daba (por lo que á él tocaba) que supiesen los otros parte deste su bien; porque no es este como los otros bienes, que no son bienes si no son conocidos; porque como no son bienes por sí, sino por la opinión del mundo, es menester que sean conocidos del mundo para que se llamen bienes. Mas este bien hace bueno y bienaventurado al que lo posee, y no ménos calienta el corazón de su poseedor, sabiéndolo él solo, que si lo supiese todo el mundo.

Mas la llave deste secreto no es mi lengua, ni todo lo que aquí habemos dicho; porque todo lo que se puede declarar con lengua mortal queda bajo, para lo que él es. La llave es la luz divina, y la experiencia y uso de la virtud. Esta pide tú al Señor, y luego hallarás este tesoro; y hallarás al mismo Dios, en quien todas las cosas hallarás, y verás con cuánta razón dijo el Profeta (e): Bienaventurado el pueblo que tiene al Señor por su Dios, porque ¿qué puede faltar á quien este bien posee? Escríbese en el libro de los Reyes (f) que dijo Helcana, padre de Samuel, á su mujer Anna, viéndola llorar porque no tenía hijos: Anna, ¿por qué lloras, y por qué se aflige tu corazón? ¿Por ventura no te valgo yo mas que diez hijos? Pues si un buen marido (que hoy es y mañana no) vale mas á la mujer que diez hijos, ¿cuánto te parece que valdrá mas Dios al ánima que de verdad le posee? ¿Qué haceis, hombres? ¿en qué andais? ¿qué buscáis? ¿por qué dejáis la fuente del paraíso por los charquillos turbios del mundo? (g) ¿Por qué no tomáis aquel tan sano consejo que os da el Profeta, diciendo (h): Probad y ved cuán suave es el Señor? ¿Por qué no tentaréis algunas veces este vado? ¿Por qué no probaréis este manjar? Fiáos de la palabra deste Señor y comenzad, que después el mismo camino y el negocio os desengañarán. Espantosa parecía aquella serpiente hecha de la vara de Moisen, cuando se miraba de lejos; mas

(b) Matth. 19. (c) Matth. 13. (d) Isa. 24. (e) Psal. 143. (f) 1. Reg. 1. (g) Hier. 2. (h) Psal. 33.

tomada en la mano, le hizo vara inocente como lo era de ántes. No sin causa dijo Salomon (a): Caro es, caro es, dice el comprador: mas después que tiene la mercadería en la mano, vase gloriando. Pues así acaesce cada día á los hombres en este trato: que como al principio no conocen la cualidad desta mercadería, porque no son espirituales; y sienten lo que les piden por ella, porque son carnales; háceseles muy caro lo que les piden, por lo que les dan. Mas después que comienzan á gustar cuán suave es el Señor, luego se glorían en su mercadería, y conocen que por ningún precio es caro tan grande bien. ¿Cuán alegremente vendió aquel hombre del Evangelio todo lo que tenía, por comprar aquella heredad en que había hallado el tesoro (b)! ¿Pues por qué el cristiano, oído este nombre, no querrá saber lo que esto es? Cosa es por cierto maravillosa, que si un burlador te certificase que dentro de tu casa en tal parte había un gran tesoro, no dejarías de cavar y probar si esto era verdad; y certificándote aquí la palabra de Dios que dentro de tí puedes hallar un incomparable tesoro (c), ¿que no se te levante el corazón para quererlo buscar! ¿Oh si supieses cuánto son mas ciertas estas nuevas, y cuánto mayor este tesoro! ¿Oh si supieses á

(a) Prov. 20. (b) Matth. 13. (c) Luc. 17.

cuán pocas azadadas encontrarías con él! ¿Oh si entendieses cuán cerca está el Señor de los que le llaman si le llaman de verdad (d)! ¿Cuántos hombres habrá habido en el mundo, que arrepintiéndose de sus pecados, y perseverando en pedir perdón dellos, en ménos que una semana de camino, descubrieron tierra, ó por mejor decir, hallaron cielo nuevo y tierra nueva, y comenzaron á barruntar dentro de sí el reino de Dios? ¿Qué mucho es hacer esto aquel Señor que dijo (e): En cualquier hora que el pecador gimiere su pecado, no tendré mas memoria dél? ¿Qué mucho es hacer esto aquel que apenas dejó acabar al hijo pródigo aquella breve oración que traía pensada, cuando le echó los brazos encima, y le recibió con tanta fiesta (f)? Vuélvete pues agora, hermano, á este piadoso padre, y madruga un poco por la mañana, y persevera algunos días en llamar á las puertas de su misericordia; y ten por cierto que si humildemente perseverares, en cabo te responderá, y descubrirá el tesoro secreto de su amor; y cuando lo hayas probado, dirás luego con la Esposa en los cantares: Si diere el hombre toda su hacienda por la caridad, como nada la despreciará.

(d) Psal. 144. (e) Ezech. 48 et 53. (f) Luc. 15.

## TERCERA PARTE DESTE PRIMERO LIBRO,

EN LA CUAL SE RESPONDE Á LAS EXCUSAS QUE LOS HOMBRES SUELEN ALEGAR PARA NO SEGUIR EL CAMINO DE LA VIRTUD.

## CAPITULO XXV.

Contra la primera excusa de los que dilatan la mudanza de la vida y el estudio de la virtud para adelante.

Ninguna duda hay sino que lo que hasta aquí habemos dicho bastaba y sobraba para el principal propósito que aquí pretendemos; que es inclinar los corazones de los hombres (supuesta la divina gracia) al amor y seguimiento de la virtud. Mas con ser todo esto verdad, no faltan á la malicia humana excusas y aparentes razones con que defenderse ó consolarse en sus males, como afirma el Eclesiástico, diciendo (g): El hombre pecador huirá de la corrección, y nunca le faltará para su mal propósito alguna aparente razón. Y Salomon otrosí dice (h): Que anda buscando achaques y ocasiones el que se quiere apartar de su amigo, y así los buscan los malos para apartarse de Dios, alegando para esto cada uno su manera de excusa. Porque unos dilatan este negocio para adelante; otros le reservan para la hora de la muerte; y otros dicen que recelan esta jornada por parecerles trabajosa, y otros que se consuelan con la esperanza de la divina misericordia, pareciéndoles que con sola la fe y esperanza, sin caridad, podrán salvarse; y otros finalmente presos con el amor del mundo, no quieren dejar la felicidad que en él poseen, por la que les promete la palabra de Dios. Estos son los mas comunes embaimientos y engaños con que el enemigo del li-

(g) Eccles. 22. (h) Prov. 18.

naje humano de tal manera trastorna los entendimientos de los hombres, que los tiene cuasi toda la vida captivos en sus pecados; para que en este miserable estado los saltee la muerte, tomándolos con el hurto en las manos. Pues á estos engaños responderemos agora en la postrera parte deste libro, y primero contra los que dilatan este negocio para adelante, que es el mas general de todos estos.

Dicen pues algunos que todo lo dicho hasta aquí es verdad, y que no hay otro partido mas seguro que el de la virtud, y que no quieren dejar de seguirle; mas que al presente no pueden, que adelante habrá tiempo en que mas fácilmente y mejor lo pueden hacer. Desta manera escribe Sant Augustin que respondia á Dios ántes de su conversión, diciendo (i): Espera, Señor, un poco, aguarda otro poco, agora dejaré el mundo, agora saldré de pecado. Así pues andan los malos en traspasos con Dios, quebrantando de cada día unos plazos, y señalando otros, sin acabar de llegar esta hora de su conversión.

Pues que este sea manifiesto engaño de aquella antigua serpiente (á quien no es nueva cosa mentir y engañar los hombres), no sería dificultoso de probar; y sería todo este pleito acabado, si solo esto quedase concluido. Porque ya nos consta que la cosa que todo hombre cristiano mas debe desear, es su salvación, y que para

(i) Lib. 8. Confess. cap. 5.